



nida la entrega de Casale á Francia. Pero á su vuelta, el desleal Mattioli manifestó el tratado al conde de Melgar, gobernador de Milan; entonces Louvois, viendo frustrados sus proyectos, le tendió un lazo; habiendo logrado cogerle, le hizo encerrar en Pinerol; y trasladar luego de cárcel en cárcel, acompañado de Saint-Mas, á quien estaba encargada su custodia, hasta que murió en la Bastilla el año de 1703. Créese que Mattioli fué el misterioso personaje de que tanto

se ha hablado, conocido con el nombre de *Máscara de hierro*.

El tratado no tuvo efecto; pero no se calmó la avaricia de Luis XIV; y empleando aquel rey ora las lisonjas, ora las amenazas, indujo al duque de Mantua á dejar que Catinat pusiese guarnición en la fortaleza de Casale. Despues, cuando estalló la guerra, el comandante francés mandó prender al mantuano, y de este modo Casale permaneció en poder de los franceses hasta 1695.

La esperanza que habia renacido en los papas de que el mundo se someteria de nuevo á su dominio, se desvaneció en la paz de Westfalia, que constituyó legalmente protestante á la mitad de la Europa. Habian añadido á la potestad temporal el rico país de Ferrara, y poco despues el de Urbino: permanecian, sin embargo, sus rentas bien distantes de un estado floreciente, y les era preciso recurrir á menudo á empréstitos. Los montes, tan buscados en tiempo de Paulo V, perdieron su valor; aumentáronse las deudas en la época del emprendedor Urbano VIII, de tal manera, que en 1635 ascendian á 30.000.000 de escudos. Parte de esta suma se empleaba en ventaja general del catolicismo, y parte en los gastos del Estado, en guerras y en fábricas. Las nuevas constituciones y el temor á la opinion, impedian á los papas dar principados á sus sobrinos, pero les prodigaban riquezas; no era esto á la verdad á la verdad, un robo hecho al Estado, pues sólo consagraban á tal objeto el excedente del producto de la dignidad eclesiástica. Los parientes de Sixto V formaron una familia considerable, unida á las casas principales; pero los Aldobrandini les excedieron en poder en tiempo de Clemente VIII. Los Borghesi, en 1628, habian recibido de Paulo V 688,727 escudos en dinero, 24.600 en valores de los montes; empleos cuya adquisición hubiera costado 268.176 escudos, y además regalos en tierras, vajillas de plata, muebles y alhajas; pero aquella familia desarmó la

CAPÍTULO XXXIII.

Estado Pontificio.

La esperanza que habia renacido en los papas de que el mundo se someteria de nuevo á su dominio, se desvaneció en la paz de Westfalia, que constituyó legalmente protestante á la mitad de la Europa. Habian añadido á la potestad temporal el rico país de Ferrara, y poco despues el de Urbino: permanecian, sin embargo, sus rentas bien distantes de un estado floreciente, y les era preciso recurrir á menudo á empréstitos. Los montes, tan buscados en tiempo de Paulo V, perdieron su valor; aumentáronse las deudas en la época del emprendedor Urbano VIII, de tal manera, que en 1635 ascendian á 30.000.000 de escudos. Parte de esta suma se empleaba en ventaja general del catolicismo, y parte en los gastos del Estado, en guerras y en fábricas. Las nuevas constituciones y el temor á la opinion, impedian á los papas dar principados á sus sobrinos, pero les prodigaban riquezas; no era esto á la verdad á la verdad, un robo hecho al Estado, pues sólo consagraban á tal objeto el excedente del producto de la dignidad eclesiástica. Los parientes de Sixto V formaron una familia considerable, unida á las casas principales; pero los Aldobrandini les excedieron en poder en tiempo de Clemente VIII. Los Borghesi, en 1628, habian recibido de Paulo V 688,727 escudos en dinero, 24.600 en valores de los montes; empleos cuya adquisición hubiera costado 268.176 escudos, y además regalos en tierras, vajillas de plata, muebles y alhajas; pero aquella familia desarmó la

envidia que hubiera podido producir tanta opulencia, con su esplendidez y generosidad. Se calculó que tres hermanos Barberini recibieron 105.000.000 durante el pontificado de Urbano VIII el cual, habiendo preguntado á una comision cuánto podia dar el papa obtuvo por respuesta, que al papado iba necesariamente unido un principado temporal, y que de éste podia dar con toda liberalidad á su familia, fundar un mayorazgo de 30.000 escudos de renta líquidos y dotar doncellas hasta el valor de 180.000 escudos.

Con el dinero ó por medio de matrimonios, se proporcionaban tambien señoríos, ó se los concedian los reyes para ganarse el afecto de los papas: Ludovisi recibió de los Esforcia el principado de Fano, de los Farnesios, el de Fagarolo, y por matrimonio los de Venosa y Piombino. Cuando la familia Della Rovere, que reinaba en Urbino, se extinguió, los parientes instaban, los consejeros persuadian y los poderosos toleraban que Urbano VIII invistiese de aquefeudo á sus sobrinos; supo, sin embargo, resistirse, y reunió el ducado al patrimonio de la Santa Sede. Sólo dió á su sobrino Tadeo el empleo de prefecto de Roma, hereditario en la casa Della Rovere, y que, además de las consideraciones, producía 12.000 ducados anuales.

Todas aquellas familias habian establecido montes ó préstamos, asignando el pago á los acreedores sobre las rentas de sus bienes. Las tierras de Castro y de Ronciglione estaban hi-



potecadas para satisfacer las deudas contraídas por los Farnesios con motivo de la guerra contra los españoles. Esta familia prevalecía entre las nuevas, por la importancia de su principado; y habiendo llegado á disminuirse sus rentas por haber adoptado el papa medidas en su contra, los arrendatarios, á instancia de los Barberini, que ambicionaban aquellas posesiones, rescindieron el contrato y reclamaron una indemnización. Pareció ésta buena ocasión á Urbano, el cual ocupó á Castro, excomulgó al duque Odoardo, é hizo adelantar tropas para arrebatárle á Parma y Placencia. Odoardo se dispuso para la defensa, y Módena, Parma, Florencia y Venecia, envidiosas del engrandecimiento del pontífice, tomaron las armas contra él. En aquella guerra hubo poca actividad; pero no dejó de causar grandes perjuicios al país; pues á los males ordinarios se añadió la audacia de los jefes de bandas, que enarbolando la bandera de alguna de las partes beligerantes, cometían crueles robos. La mediación de la Francia produjo la paz, que volvió las cosas á su primer estado; pero la guerra había costado 12.000.000 al gobierno pontificio y el papa quedó humillado.

Este fué un motivo más de ódio contra los Barberini, á los que se acusaba de la empresa y de su mal éxito: por tanto, se estaba sobre aviso para no elegir á un papa de su facción; y gracias á los Médicis, la elección recayó en el cardenal Juan Bautista Panfilí, que adoptó el nombre de Inocencio X. Pidióse cuenta á los Barberini de sus malversaciones, por culpa de las cuales se debían gastar en intereses 1.300.000 escudos de oro al año, sin quedar más que 70.000 escudos para las necesidades del Estado, al paso que ellos se habían formado una renta de medio millon. No teniendo nada que contestar, huyeron á Francia, y sus palacios y montes fueron secuestrados; pero despues consiguieron, por mediación de Francia y de Olimpia Maldachina, que se les absolviese, como acontece comunmente con los grandes ladrones.

Semejante rigor prometía un papa sin tacha, tanto más, cuanto que siempre se había manifestado avaro de gracias; y se le llamaba

en la dataría *Monseñor no se puede*. Economizó en efecto; pero no pudo resistir al ascendiente de Olimpia, la cual, casándose con el hermano del pontífice, había dado importancia á la familia de los Panfilí en razón de su rico dote. Poderosa por gratitud, recibía visitas de los embajadores, regalos de las córtes extranjeras y de las personas que querían obtener empleos. Casó á sus hijas con individuos de las familias Ludovisi y Giustiniani, y á su hijo Camilo con una heredera de la casa Aldobrandini, que hermosa y de talento, disputó el dominio á su suegra. Aquellas intrigas de familia y las rivalidades y amistades domésticas, perjudicaron en gran manera al crédito de Inocencio. Por lo demás, pasando de sesenta años, conservó, no obstante, su laboriosa lealtad; obligó á los ricos á pagar lo que debían á los pobres; restableció el orden y la seguridad en Roma, y hasta pensó en reformar las instituciones monásticas. Como no causaba recelo á los príncipes italianos, logró un feliz éxito en todo aquello en que se había estrellado el ímpetu de su predecesor; pues habiendo sido asesinado en el camino un obispo que enviaba á Castro, é imputándose este crimen al duque Ranuccio II Farnesio, que se encontraba indispuerto en la Côte de Roma, el papa hizo atacar la ciudad, que quedó destruida, y erigir en su lugar una columna con esta inscripción: *Aquí fué Castro*. Entonces Ranuccio cedió aquel país y también á Ronciglione, aumentándose de este modo los dominios de la Santa Sede.

Cuando murió Inocencio, no hubo nadie que quise hacer los gastos de su funeral. Las rivalidades de Austria y de Francia, que les habían puesto las armas en la mano, tenían también por teatro el cónclave: cada una de aquellas potencias quería para papas á una de sus hechuras; y surgía entre ambas un tercer partido, llamado *escuadrón volante*, que demasiado débil para ascender un candidato al trono, era suficiente para excluirle. Despues de tres meses de innoble lid, quedó la victoria á favor de Fabio Chigi, que adoptó el nombre de Alejandro VII. Había declamado contra el nepotismo, y prohibió que su hermano y sus sobrinos



se presentasen en Roma; pero despues, la costumbre ó la adulación le indujeron á colocar á su lado un sobrino, á quien tenían que confiar los embajadores los asuntos que por lo comun se confían á los ministros. El sobrino cardenal no era, pues, más que un ministro de relaciones extranjeras, como hay en otros países, y dejaba muchas cosas que decidir á la congregación del Estado. El papa se dedicó á la literatura y á las fábricas; pero la muerte le impidió llevar á cabo los muchos proyectos que había concebido.

Clemente IX (Julio Rospigliosi), abolió el impuesto sobre los granos, rescatando el arriendo con las economías de Alejandro VII, á quien tuvo la generosidad de atribuir aquel beneficio. Trató de hacer que prosperase el comercio. Visitaba á menudo los hospitales, y no por simple curiosidad ú ostentación; todos los días servía en persona á doce peregrinos. No destituyó á los empleados del reinado anterior, y favoreció poco á sus sobrinos, todo lo cual constituyó lo que puede llamarse sus virtudes privadas y negativas. La toma de Candía, que había querido evitar con tanto esfuerzo, aceleró su fin. Despues de cuatro meses y cuatro días de tempestades, fué proclamado, con el nombre de Clemente X, Emilio Altieri, anciano de ochenta años; como no tenía sobrinos se los creó, adoptando la familia Paluzzi, que al momento invadió todos los empleos; pero no los enriqueció sino de su peculio, y aun hizo economías para aliviar al pueblo.

Había entonces en Roma cincuenta familias que contaban más de trescientos años de nobleza; treinta y cinco, más de doscientos, y diez y seis, más de un siglo. Los Conti, los Orsini, los Colonna, los Gaetani, contaban una remota antigüedad, como también los Savelli, que todos los años libertaban á un sentenciado á muerte, y cuyas mujeres no salían sino en coches cerrados. Aquellas familias abandonaron el campo, donde por lo comun vivían, para ir á Roma cuando los montes daban ricos productos; pero habiéndose disminuido tanto el crédito como los intereses de estos establecimientos, comenzaron á declinar. Las casas que los prelados y cardenales sacaban de la nada,

se unían con las susodichas por los vínculos del parentesco; otras ocupaban puestos lucrativos: gente nueva que trataba de eclipsar á la antigua nobleza, resultando quisquillosas rivalidades de preeminencia y ceremonias, como detener el carruaje al ver el de un personaje de clase superior; abrir las dos hojas de la puerta ó una sola al introducirlos; ceder el paso á las comitivas.

Tantas familias de magnates daban á Roma el aspecto de una ciudad de príncipes; en efecto, cada cardenal sostenía una verdadera corte, como asimismo los Barberini, los Farnesios, los Chigi, los Panfilí y otros señores, tanto antiguos como modernos. A porfía ostentaban el fausto; no queriendo ceder á éstos los embajadores extranjeros, Roma llegó á ser el teatro donde las potencias desplegaban su magnificencia, pues los embajadores, no sólo tenían una numerosa servidumbre, sino guardias de á pié y á caballo. Cada corte contaba, para proteger sus intereses, con uno ó más cardenales, que se ocupaban de consiguiente en intrigas, cuidando poco de los intereses de la Iglesia. No era posible que la púrpura dejase de adquirir un brillo profano, cuando se la veía figurar en los consejos de los reyes, al frente de los ejércitos y en el gobierno de las provincias. Con ella se adornaban los hijos segundos de las familias de los príncipes, que á veces la dejaban para reinar.

¿Qué rigor en la disciplina podía esperarse con semejante estado de cosas? Las ideas aristocráticas del siglo infestaron hasta la misma Roma, y Alejandro VII pensaba que debía agradecer más á Dios ó ser más digno de él, verse servido por personas bien nacidas; los clérigos eran preferidos á los frailes; los cardenales salían con una comitiva de bravos famosos, y sus parientes adoptaban cierto aire de altivez. Fernando de Médicis, que despues fué duque, y no era aún más que cardenal, había disgustado con sus orgías y arrogancia á Sixto V, tanto que el pontífice resolvió ponerle preso. Envióle á llamar, mandando que se le prendiese á la salida del palacio. Fué Fernando, pero al inclinarse, dejó ver bajo la púrpura una coraza y una daga, y contestó á la pregunta que le



dirigió el papa con este motivo, que la púrpura era el traje de cardenal, y la coraza el de príncipe italiano. Amenazóle el pontífice con «quitarle de la cabeza el capelo rojo;» pero informado de que había hecho ocupar por su gente los alrededores del Vaticano, le dejó ir sano y salvo.

La administración estaba á cargo de los prebendados; según los términos de un reglamento de Alejandro VII, era preciso contar, para llegar á ser referendario de los sellos, veintiun años, tener el grado de doctor en derecho, haber practicado tres años con un abogado y poseer 1.500 escudos de renta. Aquel cargo servía de paso para obtener el gobierno de una ciudad y de una provincia, alguna nunciatura, un empleo en el tribunal de la Rota ó en las Congregaciones; con lo que se contraían méritos para ser cardenales y legados; elevadas dignidades que reunían al poder espiritual el temporal, aunque modificado en la Romanía por privilegios municipales que aún no habían caído en desuso. En el naufragio de la hacienda pública, todos procuraban adquirir lo que podían del patrimonio del Estado. Los empleos y cargos eran considerados como instrumento de provecho personal ó de codicia. Además de lo que producían los cuatro meses de vacaciones del tribunal de la Rota, se dice que no había auditor que no recibiese en Navidad por valor de 500 escudos de agüinaldos. Los favoritos, no sólo recibían buenos regalos de las personas que aspiraban á gracias, sino que se reservaban asignaciones sobre los empleos que hacían obtener, ó por la justicia que se administraba ó se eludía por influjo suyo. A veces á los beneficios conferidos se unía la obligación de una renta en favor de algun individuo de la corte. Las cosas llegaron al punto de que nadie aceptase los ricos obispados de Urbino, Ancona y Pésaro, por hallarse excesivamente recargados de contribuciones y reservas.

Resultaba de esto que eran buscados los empleos por los ricos como una ventaja personal que se eternizaban los procesos, que no se oían las apelaciones; el cardenal Sacchetti escribía á Alejandro VII: «Estos son males peores que las plagas de Egipto. Pueblos no conquistados por

la espada, sino que han entrado bajo la autoridad de la Santa Sede, por donación de los príncipes, ó por voluntaria sumisión, son tratados con más inhumanidad que los esclavos en Siria y Africa. ¿Quién puede oír semejantes cosas sin derramar lágrimas?»

No había comercio, y toda la ciencia renitística se limitaba á contraer deudas, establecer nuevos montes, aceptando hasta acreedores extranjeros; de suerte que todos los años sólo á Génova se enviaba una suma de 600.000 escudos. El poder de los establecimientos mercantiles crecía considerablemente, en atención á que tenían las cajas, recaudaban los impuestos, prestaban dinero y conseguían así apoderarse de los empleos civiles y eclesiásticos. Decayó la agricultura, primero por la acumulación de las pequeñas propiedades en las familias ricas, después por la destrucción de los bosques, que comenzó Gregorio XIII, para atender al cultivo de los granos, y continuó Sixto V, para libentar al país de salteadores. El aire se maleó, sin que se aumentase la producción; al paso que crecieron los rigores contra la exportación, los poderes del prefecto de las subsistencias, y la miseria comun.

Continuaba afluyendo á Roma dinero por la provision de los beneficios; pues aunque en Francia y Alemania estaba reservado este punto al rey ó á los cabildos, en España y en Italia seguía siendo un derecho pontifical muy lucrativo.

Los papas gastaban mucho en edificios: Clemente VIII arregló las habitaciones del Vaticano; Paulo V, no sólo terminó á San Pedro, sino que allanó y ensanchó calles. Construyó en Santa María la Mayor la capilla que lleva su nombre, y condujo desde la distancia de 35 millas al Janículo el agua Paola; Gregorio XV concluyó lo interior de la hermosa quinta; debieronse á Urbano VIII varias iglesias y fortificaciones; á Inocencio X la plaza Navona y la quinta Panfilí; á Alejandro VII la plaza Colonna, la Sapienza, con un jardín botánico y un anfiteatro de anatomía, la columnata de San Pedro y el arsenal de Civita-Vecchia. Aquel papa enriqueció también la biblioteca del Vaticano. Desgraciadamente, los nuevos edificios se cons-



truían á veces con los despojos de los antiguos. Los Borghesi estaban autorizados para demoler donde creyesen necesario; así perecieron muchos monumentos; las termas de Constantino, fueron destruidas en tiempo de Paulo V, para formar el palacio y el jardín; al querer quitar del Templo de la Paz la columna que existe en la plaza de Santa María la Mayor, la bóveda que se apoyaba en ella vino al suelo. En tiempo de Urbano VIII, el bronce del Panteon fué entregado á Bernini para que hiciese el artístico pulpito de San Pedro; y se trataba de demoler el mausoleo de Cecilia Metella, para aprovechar los materiales en la construcción de la fuente de Trevi; pero el pueblo se opuso á viva fuerza, y Pasquin exclamaba: «Lo que no hicieron los bárbaros lo hacen los Barbarini.»

Reunían, no por pasión ó deseo, sino por diversion y pompa, libros, manuscritos, medallas y cuadros; se multiplicaron las academias; pero el amor á las antigüedades había perecido; la literatura divagaba, y no se conocía la filosofía. No se vieron tampoco grandes teólogos; sólo los extranjeros esgrimieron armas en la cuestión del jansenismo, que puso en tela de juicio los derechos de la Santa Sede, y fué señal de una nueva oposición.

La corte de Roma había resucitado sus antiguas pretensiones sobre las inmunidades de jurisdicción; pero los príncipes estaban cada vez menos dispuestos á reconocerlas. El imperio y la misma España trataban de disminuir la independencia de los nuncios; Francia les arrebató los asuntos matrimoniales, los excluía de los procesos criminales, enviaba sacerdotes al suplicio sin degradarlos antes, y publicaba edictos sobre la herejía ó la simonía; Venecia limitaba los nombramientos reservados á Roma. De este modo, hasta los príncipes católicos se hacían cada vez más independientes en materias eclesiásticas, y el papado tuvo desde entonces que defenderse de ataques siempre nuevos, en los que la opinión estaba subordinada á la política.

Inocencio XI (Benito Odescalchi) proclamado por el pueblo durante el cónclave, experimentó más que nadie las consecuencias de aquel tris-

te estado de cosas. Exhortó varias veces á Luis XIV á que no diese oído á los aduladores ni atentase á la libertad de la Iglesia; concedió asilo á los obispos perseguidos por aquel rey, aunque fuesen jansenistas, pero la Iglesia Galicana se había convertido en vasalla del monarca, y ya hemos visto como se portó éste con el papa en el asunto de las franquicias y de la regalía. Para adular al rey los franceses denigraron la memoria de Inocencio XI, pero el pueblo le consideró un santo, y la posteridad le mira como uno de los pontífices más justos y desinteresados.

Las rentas ascendían entonces á 2.400.000 escudos; comprendiendo la dataría y los productos casuales, y el excedente de los gastos llegaba á 170.000 escudos. No evitó, pues, Inocencio la bancarrota sino mostrándose riguroso consigo mismo. Abolió gran número de abusos y exenciones, y disminuyó el interés de los montes. Integro en extremo y superior á bajas complacencias, quiso promulgar contra el nepotismo una bula que suscribiesen todos los cardenales; pero no pudo conseguirlo. Dedicóse á lo ménos á mejorar por medio de decretos las costumbres. Mandó que las mujeres anduviesen cubiertas hasta el cuello y los puños, y que los hombres no enseñasen música á las jóvenes; prohibió las ruidosas mascaradas, é hizo cubrir con un velo la parte del mausoleo de Paulo III que ofendía al pudor. Condenó sesenta y cinco proposiciones de moral relajada, sacadas de diferentes casuistas y defensores del probabilismo.

Cumplía el veneciano Pedro Ottaboni setenta y nueve años cuando fué proclamado papa bajo el nombre de Alejandro VIII, y en sus veintiseis meses de pontificado se apresuró á enriquecer á sus sobrinos. Disponiase cuando murió á desaprobado esplicitamente los actos de la asamblea del clero francés de 1682; y como convenía mucho á ésta tener un papa de su partido, hubo un escandaloso conflicto, que duró cinco meses, y terminó con la elección de Antonio Pignatelli, natural de Nápoles, bajo el nombre de Inocencio XII. Ocupóse este papa en arreglar la justicia, hizo firmar á los cardenales una bula que condenaba el nepotis-



mo, y dijo que sus sobrinos eran los pobres. Juan Francisco Albano, de Pésaro, que después de haber rehusado mucho tiempo la tiara, la admitió al fin con el nombre de Clemente XI, continuó mostrándose muy económico en su modo de vivir; no quiso ver en su corte á ninguno de sus parientes, y les prohibió aceptar títulos ni regalos; los que deseaban agrarle tenían que obrar del mismo modo. Por lo demás, prosiguió los estudios que habian formado las delicias de su vida privada, y terminó la funesta diferencia relativa á las ceremonias chinas, como tambien la cuestion del jansenismo, tanto como es posible hacerlo pronunciando una sentencia. Erigió varios hospitales, una casa para los eclesiásticos extranjerros, otra para los obispos de Mesopotamia que andaban fugitivos; graneros capaces; una nueva puerta; acueductos en Roma y Civita-Vecchia, fortalezas para defender de los berberiscos las costas; reparó caminos, desecó pantanos, é hizo restaurar el panteon, trofeo de la victoria de Cristo sobre los falsos dioses. Viendo que los jóvenes, aunque se les tenia separados de los adultos en las cárceles, salian peores de lo que habian entrado, hizo añadir al edificio de San

Miguel á orillas del Tíber, con arreglo á los planos de Fontana, una casa de correccion para los delincuentes que aún no hubiesen cumplido veinte años. Además de las habitaciones de los carceleros y de un eclesiástico, habia allí trescientas celdas, que formaban tres pisos en deredor de una gran sala, en cuyo fondo se veia una pequeña capilla y el altar. Un prior estaba encargado de la instruccion moral y religiosa de los presos, y artesanos de conocida probidad les enseñaban oficios. Los padres podian hacer encerrar á sus hijos en aquella casa, donde se trataba de corregirlos con el látigo y la predicacion. Aquella penitenciaría, que precedió á los ensayos, objeto hoy de los esfuerzos de todo buen gobierno, subsistió ochenta años. Clemente XI envió cinco misioneros á Persia y dos Abisinia, y comprometió á Luis XIV á obtener de los turcos mejores condiciones para los armenios y demas católicos de Levante. Tuvo la satisfaccion de ver á varios prelados de la iglesia Griega reunidos á la Latina, cuyos intereses vigilaba cerca de todas las potencias; pero sus buenos oficios encontraron obstáculo en una guerra que trastornó de nuevo toda la Italia.

CAPITULO XXIV

Influencia de Luis XIV.—Messina y Génova.—Los Barbeti.—Sucesion española.

Los males de Nápoles eran comunes á la Sicilia: podian considerarse ambos pueblos como dos cadáveres atados al mismo patibulo. Poco antes de la insurreccion de Masaniello, estalló una en Mesina y otra en Palermo á causa de las gabelas, apaciguada primero con la seduccion y despues con el terror. No tardó mucho sin que el hambre impulsase de nuevo á la rebelion á aquel granero de Italia, y el pueblo de Palermo pedia á gritos la abolicion de los derechos sobre los comestibles. Concedióle el virey, marqués de los Velez, lo que pedia; mas sabiendo la plebe el valor de semejantes promesas, y viendo el apoyo que le prestaban el clero y los nobles, eligió por jefe del pueblo á un batidor de oro llamado José Alessi, el cual reunió fuerzas y abolió las antiguas instituciones, proponiendo reformarlas en sentido republicano y arrojando á los españoles. Pero como se opusiese al saqueo del palacio del virey fugitivo. Alessi perdió la confianza del vulgo, enemigo de la moderacion, y los nobles se aprovecharon de ello para matarle, en union de otros jefes. Mostrábase siempre la nobleza contraria á tales sublevaciones, sea porque, como clase privilegiada, estaba exenta de muchas de aquellas cargas, ó porque, teniendo capitales en los bancos públicos, trataba de evitar cuanto pudiese perjudicarles; ó finalmente, porque los empleos y cargos honoríficos que obtenian sus individuos hacian que se mantuviesen adictos á

la corte. El virey, á quien el rey Católico trató de cobarde, murió de pesar, y el cardenal Teodoro Trivulzi, dotado de tanto valor como prudencia, apaciguó aquellos disturbios, prometiendo «paz y un nuevo libro;» pero como de costumbre, la paz se convirtió en una sangui-naria persecucion contra los desafectos, y el libro se quedó en lo que era.

Así pues, como las causas continuaban sin variacion, las rebeliones renacian incesantemente, y la corte no veia otro medio de consolidar su autoridad, sino el de oponer una parte de los sicilianos á la otra, concediendo á los unos privilegios nocivos á todos, y fomentando los celosos odios entre Catania, Palermo y Mesina. Esta última habia conservado un resto de sus antiguas libertades: su Senado, compuesto de ciudadanos, de los cuales las dos terceras partes eran nobles y la otra plebeyos, cuidaba de dotar á la patria de hermosos edificios, escuelas, ilustres profesores, y de oponer una barrera al gobernador español; acuñaba moneda, y habia comprado á fuerza de dinero la exencion de los impuestos, que de esta manera pesaban más sobre las otras ciudades. Estas franquicias no impedian los abusos de autoridad por parte de los vireyes, y el duque de Osuna, que habia tenido la ocurrencia de mandar que todos los habitantes de Palermo saliesen enmascarados el último dia de Carnaval, hizo poner presos una vez á los magistrados de Messina, y